

**SYLVIA
PLATH**
LA PROSA
DE UN
MUNDO
ROTO



Un volumen recupera parte de los relatos y las crónicas periodísticas de la poeta Sylvia Plath, muchos inéditos hasta después de su muerte y que

publica ahora la editorial Nórdica bajo el título 'La caja de los deseos'. Como explica en un texto el que fue poeta y marido Ted Hughes, «se sentaba enfebrecida

a componer poesía, como una ludópata. La escritura de relatos siempre sucedía en una atmósfera de combate cuerpo a cuerpo».

POR ANTONIO LUCAS

CORDON PRESS

Antes de que Sylvia Plath se concretase como Sylvia Plath debió acumular demasiados demonios por dentro, frustraciones, ansiedad, cuentos rotos. Los poemas de *El coloso* le dieron sitio en la poesía. Los poemas de *Ariel* la confirmaron. El suicidio le sumó leyenda. Pero durante demasiado tiempo le restó espacio a su escritora. Sylvia Plath era frágil para vivir (tampoco se lo hicieron fácil) y fuerte para escribir.

Hizo de su existencia una literatura que tardó tiempo en concretarse. Pero cuando halló la forma y el sentido se presentó como una de las voces más sugerentes, poderosas y esbeltas de la poesía en inglés de la segunda mitad del siglo XX. Aunque Plath (1932-1963) no estaba sólo en la poesía. Trabajó con insistencia el relato, el reportaje, el ensayo, el diario. Tanteó la novela, pero no remató más que una, *La campana de cristal*, un artefacto con ráfagas de autobiografía donde se relata el descenso (o ascensión) del protagonista hasta el último escalón de una grieta mental. Más o menos el mismo itinerario del viaje que recorrió Sylvia Plath.

En ese tránsito quedaron también piezas sueltas de su *puzzle* difícil. Relatos, reportajes en prensa y otros fragmentos de exploración íntima que a su muerte quedaron dispersos. E inéditos durante años. Fue su ex marido, el poeta Ted Hughes, quien acumuló parte de este material hasta dar forma a un volumen que contornea algo mejor el galope de Plath en las letras, su desbocado apetito, su temblorosa frustración hasta afianzar su expresión. En España aún estaba inédita esta mercancía que ahora recupera la editorial Nórdica en un volumen de título bien ajustado: *La caja de los deseos*, en traducción del poeta y diplomático Guillermo López Gallego y con epílogo de su viudo, bien cargado de claves y con algún juego de sombras.

«Lo que es especialmente interesante en algunos de estos textos es la manera en que alimentaron *Ariel*», sostiene Hughes. «Son la prueba de que unos poemas que a menudo parecen estar hechos de símbolos surrealistas arbitrarios son en realidad reorganizaciones apasionadas de hechos relevantes. Muestran en qué medida la poesía de Sylvia acoge los elementos de la situación que es fuente del tema del poema. Un gran conjunto de estos objetos y apariciones aparece en distintas partes de los diarios». En los textos en prosa de Plath cabe también esa avalancha de autenticidad y desamparo que está en el centro mismo de su poesía, donde parece que todo está detenido en el lugar del daño.

Aquí no habita esa mujer que se desangra hacia dentro, pero sí la muchacha desconcertada que acumula a la vez altas dosis de talento, una inquebrantable fe en las letras y la tenacidad de quien considera que no existe un don más alto que el de contar el mundo en letra, nombrar las cosas como por vez primera, sumarlas vida. Sylvia Plath nunca estuvo segura de estos textos reunidos (casi todos ellos) por vez primera en español. «La ambición de escribir relatos era la carga más visible de su vida. Según ella, tener éxito como escritora de relatos traería consigo las ventajas de un trabajo estupendo. Quería el dinero y la libertad que puede acompañarlo. Quería el estatus profesional, como escritora bien pagada, como maestra de un oficio difícil, y como investigadora del mundo real. Y, finalmente, y no menos importante, quería un motivo práctico para investigar el mundo real», explica en el epílogo Ted Hughes.

En este sentido, en una de las entradas de sus diarios, Sylvia Plath dejó sucesivamente



Sylvia Plath y Ted Hughes posan en París en 1956, durante su luna de miel. CORDON PRESS

muestras de sus mutantes convicciones: «Para mí la poesía es una evasión del trabajo de verdad de escribir prosa». La gran tensión de su carácter entre los años de universidad y de la escritura de *La campana de cristal* vino también contorneada por el afán del cuento, del relato. Y por la insatisfacción que su propia obra narrativa (muchas veces tan sólo entendida como tanteo) le provocaba. «No conseguía encontrar ideas, o despreciaba sus ideas, o no lograba ponerse a escribir, o la consternaba lo que escribía. No conseguía entender por qué a ella le resultaba tan difícil, cuando parecía ser tan sencillo para otros escritores, y más cuando ella misma lo había encontrado bastante fácil en el pasado, en la adolescencia. ¿Cómo se había convertido en un lenguaje que se le resistía tanto, y por qué ese esfuerzo estaba tan repleto de semejantes terrores?».

Los únicos textos en prosa escritos durante el proceso de confección de los poemas de *Ariel*, el momento más intenso en la obra de Plath, están aquí reunidos: *¡América! ¡América!*, *Blitz de nieve* y *Ocean 1212-W*. En estas piezas ya se fijan algunos te-

mas que serán recurrentes en su poesía. Y a la vez se percibe el forcejeo con la prosa. Así lo explica Hughes: «Se sentaba enfebrada a componer poesía, como una ludópata, pero después sopesaba y corregía los resultados que la decepcionaban, resignada, melancólica, pero leal, incluso empírica. La escritura de relatos, por el contrario, siempre sucedía en una atmósfera de combate cuerpo a cuerpo».

Y también están los textos para revistas y periódicos. En ellos hay buen pulso. Una cadencia distinta. Como si en el reportaje hallase una libertad menos solemne, más despeinada que en los otros géneros. A mediados de los años 50 del siglo pasado tenía entre sus aspiraciones la de colocar artículos y crónicas en *The New Yorker* o en el *Ladies' Home Journal*. Tenía un respeto especial por esta forma de escritura. Era una clave esencial de su plan de vida. «Declaró que ambicionaba dos cosas. La primera era convertirse en una escritora de prosa competente, de alto nivel, popular, práctica y estadounidense, cuyos relatos apareciesen en las grandes cabeceras y le valiesen grandes sumas de di-

nero, y le diesen la sensación de ser una profesional con un trabajo de verdad en el mundo de verdad. La segunda era convertirse en una periodista independiente competente, que recorriese el mundo y pagase sus aventuras escribiendo sobre ellas». Este, como algún otro deseo de Sylvia Plath, o no llegó a concretarse o a mitad de camino quedó sepultado entre mil problemas ciertos.

Las páginas de *La caja de los deseos* no aceptan la misma lectura hechizada de sus poemas o de su diario, pero tienen algo de taller de alquimias, de tentativa, de voladura en algunos casos. Son las huellas de una mujer que arde en todas direcciones intentando explicarse la vida y, de paso, dar respuesta a qué hacer dentro de ella. Por aquí también hace ronda una determinada vitalidad. Su vitalidad viene precisamente de aquello de lo que siempre estaba intentando escapar. «Los temas que la interesaban lo suficiente para estimular su concentración, que resultan ser todos episodios de su propia vida; son todos autobiográficos». Pues el deseo también es eso: temer y optar. Casi el lema bautismal de Plath.

«Lo que es interesante en algunos de estos textos es la manera en que alimentaron 'Ariel', aclara su ex marido Ted Hughes en el libro

Aquí no habita esa mujer que se desangra por dentro, pero sí la muchacha desconcertada que acumula fe, talento y tenacidad en las letras

En este volumen también se incluyen los textos para revistas y periódicos. En ellos hay buen pulso. Y una cadencia distinta